XII

Durante los dos días siguientes, Cristián vivió como en estado de observación entre su padre y su mujer, que procuraron ocuparle sin que pareciese que se imponían á él. Su padre le llevó á la fábrica y Genoveva le acompañó en automóvil. En seguida fueron llamados Vertemousse, la mujer de Vernier y Raimundo, á fin de crear á Cristián un círculo en el que pudiese encontrar las distracciones necesarias y que no le hiciese sin embargo presión alguna. El joven se conformó con todo lo que se exigía de él y su aspecto normal no hacia suponer que saliera de una crisis grave. Todos, pues, empezaban á recobrar la esperanza, cuando al tercer día Cristián desapareció en el momento en que iba á salir con su padre. Se preguntó á los criados y éstos dijeron que el señorito había hecho sacar su automóvil de las cocheras y se había marchado en él sin llevar al *chauffeur*. Este capricho, que, en tiempos normales, no hubiera sido extraño, alarmó vivamente á Vernier, que temió que el fugitivo hubiese ido á Dammarie. No dijo nada de esos temores á Genoveva. ¿ Para qué? Vernier se puso á pasear por el jardín, completamente descon-

certado. Tan resuelto como era en sus negocios, aquella crisis moral le encontraba tan desprovisto de ideas y de voluntad como un niño. La mala conducta de su hijo antes de casarse no había producido más que querellas pasajeras, que Vernier olvidaba distraído por su trabajo, ó liquidaciones de cuentas que le hacían rabiar hasta el momento de pagarlas. Pero esta vez la situación era distinta. Se trataba del porvenir y de la seguridad del joven matrimonio y la salvación de Cristián entrañaba la de Genoveva. La conducta de su hijo tenía un carácter de improbidad que indignaba á Vernier. Genoveva se reunió pronto con él, asombrada al verle recorrer solo el jardín cuando debía salir con Cristián.

— ¿ Dónde está mi marido? preguntó prontamente.

— ¡ El diablo lo sabe! gruñó Vernier. Se ha marchado hace una hora sin decir palabra.

— ¿ No debía acompañar á usted á la fábrica?

— Sí... Habrá cambiado de idea.

— ¿ Habrá ido á reunirse con Vertemousse y con el barón?

— Vertemousse y Raimundo están cazando en el llano. Es fácil ver si Cristián está con ellos... El coche está enganchado y en un cuarto de hora podemos alcanzarlos. Hace un momento los he oído tirar hacia San Fermín.

— Y bien, vamos allá.

El coche rodó silenciosamente por las calles cubiertas de musgo del gran parque. Una paz profunda envolvía á los paseantes y aquel contraste con la agitación de su pensamiento hacía su pena más intensa. Así pues ¿ no debían ya conocer la serenidad de las situaciones firmes y seguras? No podían hacer nada más que resignarse y sufrir. Vernier examinaba de reojo á su nuera, un poco pálida, pero resuelta y fría como

siempre. Su firmeza no se desmentía jamás El banquero, animado con su ejemplo, le tomó dulcemente la mano y Genoveva se volvió hacia él, sonrió con tristeza y sus ojos se llenaron de lágrimas. El coche salía del parque y desembocaba en el llano. La quinta de San Fermín se distinguía á los lejos entre los matorrales. Y en el extremo del camino, recorriendo un gran patatal, Vertemousse y Raimundo, guiados por dos guardas y rodeados de ojeadores, levantaban á cada paso bandadas de faisanes. Los tiros producían secas detonaciones con una ligera humareda azulada, y los perros corrían á buscar la caza que palpitaba entre las hojarascas secas por el calor. Los dos cazadores entregaron las escopetas á los guardas y se acercaron al coche.

— ¿ Han visto ustedes á Cristián ? preguntó Vernier.

— Sí, dijo Vertemousse enjugándose la frente empapada en sudor ; hace una hora pasó en dirección de Moret. Fué hasta el río á toda velocidad y desapareció entre los árboles.

— Iba á Dammarie, dijo fríamente Genoveva.

— Ó á los alrededores, rectificó Vernier.

La joven no discutió la atenuación de su suegro y la tomó por lo que valía. Se volvió con perfecta tranquilidad hacia los cazadores y dijo procurando sonreir :

— Y bien ¿ han cazado ustedes mucho ?

— Hemos matado unos faisanes en el lindero. Es la policía de la caza, pues así se impide que las piezas se vayan á las propiedades de los vecinos. Ahora nos vamos hacia los campos de remolacha, donde hay unas cuantas docenas de perdices con las que tratamos de hacer conocimiento el barón y yo.

— ¿ Entonces se vuelven ustedes á marchar ?

— Sí, nos vamos. Hasta luego y buen paseo.

Los dos cazadores saltaron la cuneta del camino, se reunieron con sus hombres y se marcharon á campo traviesa. Una vez solos, Vernier y Genoveva se consultaron.

— ¿ Vamos á ver al doctor Juan ?

— Sí ; ha llegado el momento de intentar el experimento que nos propuso el otro día. Estamos á la cabecera de un enfermo que no ofrece ya esperanza. Hay que intentar un remedio heroico.

— Ha ido á Dammarie, es indudable, y ya sabemos lo que nos espera. El engaño triunfante, que le llevará lejos de su casa y de su familia, ó la decepción dolorosa, que le arrojará en la embriaguez. Desde el punto de vista moral estamos completamente desarmados ; no nos queda más que ver si podemos hacer algo en el orden físico. ¿ Está usted decidido á intentar la prueba si fuese necesaria ?

— Sí, hija mía. Todo es preferible á ver á ese muchacho perderse ante nuestra vista.

— ¿ Pero querrá él prestarse ?

— Trataremos de decidirle.

— ¿ Y si rehusa ?

Ambos se callaron. La cuestión del libre albedrío de Cristián acababa de plantearse en su mente. ¿ Tenían derecho para decidir por ellos mismos sin que él consintiese ? ¿ Podían imponerle por la astucia ó por la fuerza la curación de su vicio ? Si los rigores de Étiennette le hacían caer en la embriaguez ¿ estaban autorizados moralmente para imponerle le abstinencia y privarle de consuelo ? ¿ No es la dicha la pura y simple supresión del sufrimiento ? Y obligar á un desgraciado á sufrir ¿ no es ejercer sobre él una verdadera tiranía ? Ambos estaban oprimidos por estos penosos pensamientos, pero Vernier, con su violencia natural, los re-

chazó bruscamente. Se puso rojo de cólera, cerró los puños y exclamó :

— ¡ Oh ! Si se niega, recordaré que soy el jefe de la familia y que debo velar por la seguridad de todos... No dejaré á ese rabioso que nos comprometa con sus frenéticas excentricidades... Echaré sobre mí la responsabilidad de impedirle hacer daño. Si estuviese loco le haría poner la camisa de fuerza... ¿ No estás de acuerdo conmigo, Genoveva ?

— Sí, pero es una pesada responsabilidad.

— ¡ Esas son las que valen la pena !

Llegaron á San Remigio, y el doctor Juan, que les había visto llegar, salió á recibirlos en la puerta. Estrechó silenciosamente la mano de Vernier, se inclinó ante Genoveva y los hizo entrar en el despacho rodeado de estantes cuyos vidrios reflejaban hacia la ventana la luz del sol. Juan Angogne se sentó en su escritorio y dirigió á sus visitantes una mirada interrogadora.

— Sí, dijo Vernier ; después de haber estado tranquilo durante tres días, hoy se nos ha escapado.

— ¿ Y ha ido allá ?

— Todo nos lo hace temer.

— No deben ustedes desolarse antes de saber lo que resulta. Acaso esa fuga sea un bien. Después de la entrevista de esta señora con la Dhoriel, no se puede prever cómo será acogido Cristián... ¿ Quién sabe si, satisfecha con la ventaja obtenida, esa mujer va á despedir definitivamente al desgraciado joven ?

Genoveva hizo un gesto de duda.

— ¿ Y si no le despide y se le lleva con ella ?

— No creo que sea de temer esa eventualidad. Esa mujer no es una enamorada que ha querido recobrar el hombre amado. Es una mujer ofendida que ha deseado

devolver golpe por golpe y vengarse. Ahora ha obtenido lo que quería, la humillación de usted. ¿ Por qué ha de cargar con Cristián ? Le ha reemplazado con el conde, que es apasionado y ciego. No tiene ya necesidad de nada, pues ese extranjero es más rico que su predecesor.

— ¿ Qué sabe usted ? dijo Vernier como ofendido.

— Lo supongo, replicó el doctor, que no pudo menos de sonreir. No creo, pues, que la Dhoriel haga buena acogida á nuestro fugitivo...

— ¡ Hágalo el cielo !

— Sí, dijo el doctor con aire preocupado, pero ahí es donde van á empezar las dificultades más graves... Rechazado por Étiennette, Cristián va á caer en su sombría locura...

— Contamos con usted para sacarle de ella.

— ¿ Están ustedes decididos á imponerle la sobriedad y la razón ?

— Sí, si es preciso. ¿ Y usted ?

El joven doctor apoyó la frente en la mano con expresión reflexiva y se quedó un instante silencioso, como si pesara sus palabras.

— Es un formidable caso de conciencia más para mí que para otro cualquiera...

Al oir estas palabras un ligero rubor asomó á las mejillas de Genoveva, que recordó las insinuaciones de la Dhoriel sobre el amor de Juan. El doctor prosiguió :

— He reflexionado profundamente desde el punto de vista humano y desde el profesional y me ha parecido que rehusar á ustedes mi asistencia en estas circunstancias, sería retroceder ante el cumplimiento de un deber social y hacer traición á la amistad y al agradecimiento que les debo. Hay que salvar á un hombre y

este hombre es Cristián Vernier. Pueden ustedes contar conmigo.

— ¡ Bien ! dijo Vernier estrechando la mano del doctor.

Genoveva no dijo nada, pero echó una mirada de ternura y de reconocimiento á la altiva fisonomía del joven médico.

— Ahora, dijo Vernier, ¿ qué es lo que tiene usted que hacer ?

— No hay que seguir ningún tratamiento. Una inyección subcutánea todas las mañanas durante ocho días.

— ¿ Y si Cristián se niega á aceptar sus cuidados de usted ?

— Le dormiremos como si hubiera que cortarle una pierna. Una vez hecha la primera inyección, no se resistirá... Pero si el procedimiento es inofensivo, las consecuencias, en caso de recaída, pueden ser funestas. Para otro cualquiera, exigiría el sanatorio, que asegura la soledad y el reposo. Para Cristián, pido el cambio de residencia. Ha hablado usted de una travesía en su yate...

— ¿ Es eso lo que usted pide ?

— Sí. El vivir á bordo, el aire sano de alta mar y la calma de los grandes espacios contribuirán á la curación.

— Mi yate está en el Havre y la tripulación se puede reunir en tres días. Voy á telegrafiar al capitán.

— En esas condiciones, respondo del éxito. Pero es preciso que se vaya sin demora.

— Dentro de tres días. ¿ Usted le acompañará ?

Juan Angogne bajó los ojos y en su frente apareció una arruga, pero contestó con voz tranquila :

— Es inútil. La señora de Vernier basta para asegurar la curación.

— ¿ Cuándo decidiremos lo que queda que hacer ?

— Cuando sepan ustedes lo que pueden esperar ó temer.

— Entonces, en cuanto veamos á Cristián.

— Una palabra, y acudo...

— ¡ Gracias !

Mientras se tomaban estas importantes resoluciones, Cristián se había dirigido, en efecto, á Dammarie. Ardía en deseos de ver á Etiennette y cuanto más le reprochaba su razón la resolución que había tomado de reanudar sus relaciones con ella, más empeño tomaba en lograrlo. El joven se daba cuenta de la bajeza de su conducta, pero una fuerza superior le impulsaba á la traición y á la infamia. Sabía muy bien que abandonar á Genoveva después de lo que había hecho por él, era degradarse, y una voz interior le respondía : « ¿ Qué le vas á hacer ? La vida es para ti imposible sin Etiennette. La virtud es hermosa pero aburrida. Es mejor morir que arrastrar tus días en una vida triste y desesperada... » Y el joven se dirigía á gran velocidad hacia Dammarie y devoraba el camino en cuyo extremo estaba su perdición y la de los suyos.

La que le atraía tan ardientemente estaba sentada en su tocador, con un traje de mañana, y dejaba sus manos de uñas sonrosadas á los cuidados de la Mauduit, que acababa de llegar.

— ¿De modo, querida, que has hecho un buen negocio con las perlas de Marieta ?

— Así es. Marieta las tenía desde 1882 y el pequeño Bouillon las compró en sesenta mil francos en casa de Fontana. Yo las tengo por el precio de compra...

— Y las perlas han ganado, lo menos, un cincuenta por ciento en esos veinte años... Es un negocio de primera...

— Ya sabes, chiquita, que el collar es tuyo si lo quieres. Según dice el perito...

— No. No compro más perlas... Más bien vendería...

— La verdad es que tienes...

— Una fortuna. Y que puedo llevar conmigo, sobre la piel debajo de la camisa...

— Es el medio de que permanezcan bellas... Á las perlas les gusta la carne... que les da calor y brillo... Parece que tienen vida...

— Dime, Mauduit; debes ser ya rica, después del tiempo que llevas trabajando...

— ¡ Bah ! No mucho... tengo gastos...

— Tus pícaras pasiones...

— Es la verdad... Y, después, hay que pagar intermediarios... En la venta del Rafael falso del otro día, ha habido que dar el diez por ciento al aristócrata que lo tuvo en su salón para darle autenticidad... El buen señor contó al americano que el cuadro procedía de su abuelo, que lo había cogido en España, en un convento de Zaragoza, en tiempo del primer imperio... Así es que pedía su parte en la ganga y la tuvo... Siempre sucede igual... Pero, en fin, no me quejo. Se va comiendo... ¿ Y por aquí, cómo van tus asuntos ?

— ¡ Ah ! No me hables ; estamos en plena novela. La recién casada vino á verme el otro día con su suegro...

— ¿ Qué me cuentas ?

— Lo que oyes. Vinieron con el doctor Angogne ¿ sabes ? el guapo moreno, con el pretexto de darnos las gracias al conde y á mí por un donativo al sanatorio de San Remigio... Puedes figurarte el tono que me di... Fuí condesa de la cabeza á los pies... La pequeña de Cristián parecía mi doncella...

— ¿ Y qué quería ?

— Quería su marido, así, como suena ; venía á reclamármelo como un paraguas perdido. Empezó por echarlas de impertinente, pero te figurarás que no tardé en desinflarle el globo... Entonces vinieron las lágrimas y los lamentos, pero no me hicieron más efecto que las insolencias...

— ¿ La enviaste á san Antonio, el abogado de las cosas perdidas?

— Así fué, querida. ¿ Acaso me ha dado á guardar su Cristián, que era mío ? Es una verdadera profesión, amiga mía, la de saber distraer á los jóvenes que vienen al mundo con el aburrimiento debajo de la piel... Si yo la enviase su imbécil marido ¿ qué haría con él ? Dejar que se fuera con otra... Lo mismo le da que sea conmigo.

— Pero tú no le quieres.

— No ; estoy muy harta de él... Tengo hasta una indigestión. Pero debo una lección á ese chico y es preciso que la reciba.

— ¿ Que piensas hacer ?

— Volverle completamente idiota. Después, que se queden con él si le quieren.

La Mauduit estaba muy acostumbrada á todas esas mujeres, que eran sus clientes, pero la dureza con que habló Etiennette la hizo estremecerse. En aquella frase siniestra estalló todo el odio de la infamia contra la pureza, del fango contra la azucena. La Mauduit tuvo lástima y trató de moderar á su terrible amiga cogiéndola por el lado de sus intereses.

— Pero oye, chiquita, no te vayas á crear dificultades con el conde. Si llega á ver algo...

— ¿ El conde ? Es ciego de nacimiento. Es uno de esos hombres que pueden entrar cuando se les está poniendo... en ridículo, y que dicen : « ¡ Ah ! ¿ Estás ocupada ? Luego volveré... » Por lo demás, no tengo